

mentándose con las víctimas que él mismo había ofrecido.

Al anoecer se sacrificó un carnero; y habiendo los adivinos examinado sus entrañas, como habían hecho en los sacrificios anteriores, declararon que Trofonio aceptaba el homenaje de Tersidas, y respondería á sus preguntas. Lleváronle á las márgenes del arroyo de Hercine, donde dos muchachos, como de trece años, le frotaron con aceite, é hicieron varias abluciones. De allí le llevaron á dos fuentes vecinas, una de las cuales se llama la de Leté, y la otra de Mnemósina: la primera borra la memoria de lo pasado: la segunda graba en el espíritu lo que se ve ú oye en la caverna. Despues le dejaron solo en una capilla, donde hay una estatua de Trofonio, á la que Tersidas hizo oracion, y se fué hácia la caverna vestido con una ropa de lino. Nosotros le seguimos á la debil luz de las hachas que le precedian: entró en la gruta, y desapareció de nuestra vista.

Mientras volvía, estuvimos oyendo las conversaciones de los otros espectadores, entre quienes se hallaban muchos que habían estado en el subterráneo: unos decian que nada habían visto; pero que el oráculo les había dado su respuesta de viva voz: otros al contrario, nada habían oído; pero habían tenido apariciones que les aclararon sus dudas. Un ciudadano de Leba-

dea, nieto de Timarco, y discípulo de Sócrates, nos refirió lo que había sucedido á su abuelo, que lo había oído al filósofo Cebes de Tebas, quien se lo había referido casi con las palabras mismas de Timarco.

Yo vine, contaba Timarco, á preguntar al oráculo, qué se debía pensar del genio de Sócrates. Al principio no hallé en la caverna mas que una oscuridad profunda. Estuve mucho tiempo echado en tierra, dirigiendo mis súplicas á Trofonio. sin saber si dormía ó estaba despierto, cuando de improviso oi unos sonidos agradables, mas no articulados, y vi una infinidad de islas grandes, iluminadas con una luz suave, que á cada momento mudaban de lugar y de color, dando vueltas al rededor, y flotando sobre un mar en cuyo extremo se precipitaban dos torrentes de fuego. Cerca de mí estaba abierto un abismo inmenso, donde parecian hervir densos vapores, y del fondo de esta sima salian ahullidos de animales, mezclados confusamente con gritos de niños, y gemidos de hombres y mugeres.

Mientras todos estos objetos de terror dominaban mi alma, oi una voz desconocida, que me decia con tono lúgubre: ¿qué es lo que quieres saber Timarco? Yo respondí, sin saber lo que decia: todo, porque todo me parece aqui admirable. La voz continuó: las islas que ves á lo lejos, son las regiones superiores que obedecen

á otros dioses; pero tú puedes recorrer el imperio de Proserpina, que gobernamos nosotros, y está separado de aquellas regiones por el Estigio. Yo pregunté qué era el Estigio, y la voz respondió: es el camino que conduce á los infiernos, y la linea que separa las tinieblas de la luz.

Entonces me explicó la generacion y revoluciones de las almas, y añadió: las que están amancilladas con delitos, caen, como ves, en el abismo, y van á disponerse para nacer de nuevo. Yo no veo, le dije, mas que estrellas que saltan sobre los bordes del abismo, unas que bajan, y otras que suben. Esas estrellas, continuó la voz, son las almas, y de ellas pueden distinguirse tres especies: unas que habiéndose sumergido en los deleites, dejaron apagar las luces naturales; otras que habiendo luchado alternativamente con las pasiones y con la razon, no fueron ni del todo puras, ni del todo corrompidas; y otras que habiendo tomado á la razon por guia, conservaron todos los rasgos de su origen. Las primeras las ves en esas estrellas que te parecen apagadas; las segundas en aquellas cuyo resplandor está oscurecido con vapores que parece quieren sacudir; las terceras en las que brillan con una luz viva, y se levantan sobre las demas: estas últimas son los genios; estos animan á aquellos dichosos mortales que

tienen un comercio íntimo con los dioses.

Despues de haber declarado algo mas estas ideas, me dijo la voz: mancebo, dentro de tres meses entenderás mejor esta doctrina: por ahora puedes irte. Dicho esto, calló: yo quise volverme, para ver de donde venia; pero al punto sentí un gran dolor de cabeza, como si me la comprimiesen con violencia; caí en un desmayo; y cuando empecé á volver en mí, me hallé fuera de la caverna. Tal era la relacion de Timarco. Su nieto añadió: que su abuelo habia muerto tres meses despues de haber vuelto á Atenas, como el oráculo lo habia anunciado.

Pasamos la noche y una parte del dia siguiente en oír semejantes relaciones; las que cotejadas, nos fué facil ver que los ministros del templo se introducian en la caverna por caminos secretos, y juntaban la violencia á los prestigios, para turbar la imaginacion de los que venian á consultar al oráculo.

Están estos en la caverna mas ó menos tiempo; y algunos no vuelven hasta despues de pasadas dos noches y un dia. Era ya medio dia; Tersidas no parecia, y nosotros andábamos al rededor de la caverna. Una hora despues vimos correr la gente hácia la balaustrada; acudimos nosotros, y descubrimos al tebano, á quien sostenian los sacerdotes, y lo sentaron en una silla, que se llama la silla de Mnemósina, donde debía de-

cir lo que habia visto y oido en el subterráneo. Estaba lleno de horror; con los ojos amortiguados, sin conocer á nadie. Despues de haber recogido de su boca algunas palabras interrumpidas, que tomaron por la respuesta del oráculo, lo llevaron los que venian con él á la capilla del buen Genio y de la Fortuna. Allí fué volviendo en sí poco á poco; pero no le quedaban mas que ideas confusas de su mansion en la caverna, y quizá una impresion terrible de lo que habia experimentado; porque no se consulta á este oráculo impunemente. La mayor parte de los que salen de la caverna, conservan toda su vida un fondo de melancolía que con nada se puede superar; lo que ha dado lugar á un proverbio; y así se dice de un hombre muy melancólico: viene de la caverna de Trofonio. Entre el gran número de oráculos que se hallan en Beocia, no hay ninguno donde la bellaquería sea mas grosera, ni mas clara; y así no hay ninguno que sea mas frecuentado.

Bajamos de la montaña, y algunos dias despues tomamos el camino de Tebas. Pasamos por Queronea, cuyos habitantes tienen por objeto principal de su culto, el cetro que Vulcano fabricó por orden de Júpiter, y que de Pélope pasó sucesivamente á manos de Atreo, de Tiestes y de Agamenon. No le adoran en un templo, sino en la casa de un sacerdote, donde todos los dias

le hacen sacrificios, y le mantienen una mesa bien servida.

Desde Queronea, fuimos á Tebas, pasando por bosques, colinas, campiñas fértiles y muchos riachuelos. Esta ciudad, una de las mas considerables de la Grecia, está cercada de murallas, y defendida por torres. Se entra á ella por siete puertas: su circuito\* es de cuarenta y tres estadios\*\*. La ciudadela está situada en una eminencia donde se establecieron los primeros habitantes de Tebas, y de donde nace un manantial de aguas, que desde tiempos muy antiguos condujeron á la ciudad por conductos subterráneos.

Sus inmediaciones están hermoseedas por dos rios, praderas y jardines: sus calles no están á

\* En la descripcion en verso del estado de la Grecia por Dicearco, se dice que el recinto de la ciudad de Tebas tenia cuarenta y tres estadios, esto es, una legua y 1,535 toesas, (1 legua y 1,680 pasos de España). En la descripcion en prosa del mismo autor (p. 14 se dice que tenia 70 estadios, esto es, dos leguas y 1,615 toesas (2 leguas y 1,237 pasos de España). Se ha supuesto en este último texto una falta del copista. Igualmente se podria suponer que el autor habla en el primer pasage, del recinto de la ciudad baja, y que en el segundo comprende la ciudadela.

Dicearco no habla de Tebas destruida por Alejandro, que es de la que se trata en esta obra. Pero como Pausanias asegura, que Casandro restableciéndola, habia hecho levantar los muros antiguos, parece que la vieja y la nueva tenían el mismo circuito.

\*\* Una legua y mil quinientas sesenta y tres toesas: (1 legua y 1,686 pasos de España).

cordel, como sucede en casi todas las ciudades de la antigüedad. Entre las magnificencias que decoran los edificios públicos, hay estatuas de la mayor belleza. Admiré en el templo de Hércules la estatua colosal de este dios, hecha por Alcameno, y sus trabajos, obra de Praxiteles; en el de Apolo Ismenio, el Mercurio de Fidias, y la Minerva de Escopas. Como habia algunos de estos monumentos erigidos á tebanos ilustres, buscaba yo la estatua de Píndaro, á lo que me respondieron: no la tenemos; pero ved aquí la de Cleon; què fué el cantor mas diestro de su siglo. Me acerqué, y leí en la inscripcion que Cleon habia ilustrado á su patria.

En el templo de Apolo Ismenio, entre muchas trípodés de bronce, la mayor parte de excelente trabajo, se ve una de oro, regalada por Creso, rey de Lidia. Estas trípodés son ofrendas que hacen los pueblos y los particulares: en ellas se queman perfumes; y como son de figura agradable, sirven de ornamento en los templos.

Hay aquí, como en la mayor parte de las ciudades de la Grecia, un teatro, un gimnasio ó lugar de ejercicio para la juventud, y una plaza pública, la que está cercada de templos y otros muchos edificios, cuyas paredes están cubiertas de armas quitadas por los Tebanos á los Atenien- ses en la batalla de Delio: del resto de los despojos construyeron en el mismo sitio un sober-

bio pórtico adornado con muchas estatuas de bronce.

La ciudad está muy poblada\*; sus habitantes están divididos, como los de Atenas en tres clases: en la primera están los ciudadanos; en la segunda los extranjeros regnícolas, y en la tercera los esclavos. Dos partidos, enconados uno contra otro, han ocasionado varias veces revoluciones en el gobierno. Los unos, de acuerdo con los Lacedemonios, estaban por la oligarquía; los otros, favorecidos por los Atenien- ses, querían la democracia. Hace algunos años que prevalecen estos últimos, y la autoridad reside absolutamente en manos del pueblo.

Tebas es no solamente el baluarte de la Beocia, sino que puede decirse que es la capital. Hállase á la cabeza de una gran confederación, compuesta de las principales ciudades de la Beocia. Todas ellas tienen derecho de enviar dipu-

\* Acerca del número de los habitantes de Tebas, solamente se puede tener una aproximación. Cuando Alejandro tomó esta ciudad, perecieron mas de seis mil personas, y mas de treinta mil fueron vendidas como esclavos. Se perdonó á los sacerdotes, y á todos los que habian tenido relaciones de hospitalidad ó de interés con Alejandro, ó con su padre Filipo. Muchos ciudadanos huirían sin duda. Por consiguiente se puede presumir que el número de los habitantes de Tebas y de su distrito, podía subir á cincuenta mil personas de todo sexo y edad, sin comprender los esclavos. M. el baron de Sainte-Croix tiene esta relación por exagerada. Yo me atrevo á no ser de su opinión.

tados á la dieta, donde se arreglan los negocios de la nacion, despues de haberlos tratado en cuatro consejos diferentes. Presiden estas dietas once gefes, conocidos con el nombre de beotarcos, á quienes la misma dieta les concede el poder que tienen: influyen mucho en las deliberaciones, y por lo comun tienen el mando de los ejércitos. Este poder seria peligroso si fuese perpetuo; y así están los beotarcos obligados, bajo la pena de muerte, á deponer su poder al fin del año, aun en el caso de hallarse al frente de un ejército victorioso, y á punto de conseguir grandes ventajas.

Todas las ciudades de la Beocia tienen pretensiones y títulos legitimos á la independenciam; pero á pesar de los esfuerzos de estas y de otros pueblos de la Grecia, nunca han querido los Tebanos dejarlas gozar de una entera libertad. Para con las ciudades fundadas por ellos, hacen valer los derechos que ejerce la metrópoli sobre las colonias: á las demas les oponen la fuerza, que comunmente es el primero de los títulos; ó la posesion, que es el mas aparente de todos. Los Tebanos han destruido á Tespis y á Platea, por haberse apartado de la liga beociana, cuyas operaciones arreglan al presente, y que puede poner sobre las armas mas de veinte mil hombres. Esta potencia es tanto mas temible, quanto los Beocios por lo comun son valientes, aguer-

ridos, y orgullosos con las victorias que ganaron en tiempo de Epaminondas: tienen una grandisima fuerza corporal, que aumentan continuamente con los ejercicios del gimnasio.

El pais que habitan, es mas fertil que la Atica, y produce mucho y excelente trigo: la ventajosa situacion de sus puertos les proporciona comerciar, por un lado con la Italia, Sicilia y Africa; y por el otro con Egipto, la isla de Chipre, la Macedonia y el Helesponto.

Ademas de las fiestas que les son comunes, y los reunen en los campos de Coronea, cerca del templo de Minerva, celebran otras particulares en cada ciudad, y los Tebanos han instituido muchas, de que fui testigo; pero no haré mencion mas que de una ceremonia practicada en la fiesta de los ramos de laurel. Esta era una pompa ó procesion que ví llegar al templo de Apolo Ismenio. El ministro de este dios se muda todos los años, y debe reunir en sí la hermosura, la juventud y el nacimiento. Presentábase en esta procesion con una corona de oro en la cabeza, un ramo de laurel en la mano, los cabellos sueltos sobre los hombros, y una ropa magnífica: seguiale un coro de doncellas, tambien con ramos en las manos, y cantando himnos. Delante de él iba un mancebo de su familia, que llevaba en la mano una rama grandisima de oliva, cubierta con flores y hojas de laurel, rematando

en un globo de bronce, que representaba al sol. De este globo colgaban muchas bolitas del mismo metal, para designar otros astros, y trescientas sesenta y cinco banderillas teñidas de púrpura, que señalaban los días del año: por último la luna estaba figurada por un globo menor que el primero, y puesto debajo. Como la fiesta era en honor de Apolo ó del sol, habian querido representar, con este trofeo, la preeminencia de este astro sobre los demas. Esta solemnidad se habia establecido con motivo de cierta ventaja lograda en otro tiempo sobre los habitantes de la ciudad de Arné.

Entre las leyes de los Tebanos hay algunas que merecen ser citadas. Una de estas prohíbe elevar á la magistratura á todo ciudadano, que diez años antes no hubiese dejado el comercio por menor: otra impone una multa á los pintores y escultores que en sus obras faltan á la decencia: otra prohíbe exponer los hijos recién nacidos, como se hacia en algunas otras ciudades de la Grecia. Para ello debe el padre presentarlo al magistrado, probando que no se halla en disposicion de criarlo: el magistrado lo da, por un corto precio, al ciudadano que quiere comprarle, y despues le pone en el número de sus esclavos. Los Tebanos conceden la facultad del rescate á los cautivos que pone en sus manos la suerte de las armas, con tal que no hayan na-

cido en Beocia, pues entonces les dan la muerte.

El aire es muy puro en la Atica, y muy cargado en Beocia, no obstante que este último pais no esté separado del primero sino por el monte Citeron. Parece que esta diferencia produce otra semejante en los espíritus, y confirma las observaciones de los filósofos sobre la influencia del clima; porque generalmente hablando, los Beocios carecen de aquella penetracion y vivacidad que caracteriza á los Atenieses; pero acaso se deberá acusar mas bien á la educacion que á la naturaleza. Si parecen tardos y estúpidos, es porque son ignorantes y toscos; y como se ocupan mas en los ejercicios del cuerpo que en los del alma, no tienen ni el don de la palabra, ni las gracias de la elocucion, ni los conocimientos que se adquieren en el comercio de las letras, ni aquellas exterioridades seductoras que vienen mas del arte que de la naturaleza.

Sin embargo no se ha de creer que la Beocia haya sido esteril en hombres de talento, pues muchos tebanos han hecho honor á la escuela de Sócrates: Epaminondas no se distinguia menos por sus conocimientos, que por sus talentos militares. En mi viage traté con muchos sugetos muy instruidos, entre otros Anaxis y Dionisiodoro, que estaban componiendo una nueva historia de la Grecia. En fin, en Beocia nacieron Hesiodo, Corina y Píndaro.

Hesiodo dejó un nombre célebre, y obras muy estimadas. Como se le ha supuesto contemporaneo de Homero, han creído algunos que era su rival; pero Homero no podía tener rivales.

La Teogonia de Hesiodo, como la de muchos escritores antiguos de la Grecia, no es mas que un tejido de ideas absurdas, ó de alegorias impenetrables.

La tradicion de los pueblos, situados cerca del Helicon, no admite las obras que se le atribuyen, á excepcion de una Epístola dirigida á su hermano Perses, que le exhorta al trabajo. Le cita el ejemplo de su padre, que mantenía su familia exponiendo muchas veces su vida sobre un barco mercante, y que al fin de sus dias dejó la ciudad de Cuma en Eólida, y vino á establecerse cerca del Helicon. Además de muchas reflexiones sanas sobre los deberes del hombre, y muy desconsoladoras sobre su injusticia, Hesiodo sembró en este escrito bastantes preceptos sobre la agricultura, mucho mas interesantes, porque ningun autor habia tratado antes de este arte.

No viajó, y cultivó la poesía hasta una extrema vejez. Su estilo elegante y armonioso lisonjea agradablemente el oído, y se resiente de aquella sencillez antigua, que no es otra cosa que una proporcion exacta entre el asunto, los pensamientos, y las expresiones.

Hesiodo sobresale en aquel género de poesía que pide poca elevacion; Pindaro en el que pide la mayor. Florecia este último en tiempo de la expedicion de Xerxes, y vivió cerca de sesenta y cinco años. Tomó lecciones de poesía y música con diferentes maestros, y en particular de Mirtis, muger distinguida por sus talentos, mas célebre todavía por haber contado entre sus discipulos á Pindaro y á la hermosa Corina. Estos dos discipulos vivieron unidos, á lo menos en el amor de las artes. Pindaro, mas joven que Corina, miraba como una obligacion el consultarla; y habiéndole oído que la poesía debe enriquecerse con las ficciones de la fábula, comenzó así una de sus piezas: « ¿debo yo cantar el rio « Ismeno, la ninfa Melia, Cadmo, Hércules, Baco, « etc.? » Todos estos nombres estaban acompañados de epitetos. Corina le dijo sonriéndose: « habeis tomado un costal de trigo para sembrar una heredad, y en lugar de sembrar con « la mano, á los primeros pasos habeis vaciado « el saco. »

Pindaro se ejercitó en todos los géneros de poesía, y debió su reputacion principalmente á los himnos que le pedian, ya para honrar las fiestas de los dioses, ya para ensalzar et triunfo de los vencedores en los juegos de la Grecia.

Acaso no hay cosa mas trabajosa que semejantes encargos. El tributo de elogios que se exi-